

LA AURORA

AÑO I

San José de Costa Rica, A. C., jueves 24 de noviembre de 1904

Nº 9

SUMARIO

La vagancia todavía . . . Z.
Don Rafael Altamira . . . Ll. B.
Pleitomanía J.
24 de Noviembre Isafas de M.
Oficial
Cables

GERENTE: ROBERTO BRENES MESÉN

La vagancia todavía

Cada tres meses se arranca una porción de trabajadores á los campos para convertirla en tropa. El arado, la pala y el machete, se quedan mientras tanto durmiendo en los rincones de las pobres casas de los pueblos. Vagancia de músculos que se ablandan y afeminan, y vagancia de acero que se herrumbra y se mancha.

No os da tristeza el cuadro, sesudos y discretos pensadores?

Una vez en el cuartel los mozos, pierden la ingenuidad aquella que iluminaba sus rostros coloradotes cuando aspiraban ese aroma incitante de la tierra al ser fecundada por el arado. Pierden aquella franca alegría campesina que estalla en canciones amorosas, por las tardes, en las tranqueras de las casas, al son de guitarras, y acordeones.

En el primer momento, les invade el alma la tristeza. Dejaron, allá lejos, su madre, su novia, su cercado.

Luego, la nueva vida que se agita en torno de ellos—vida de órdenes dadas con grito insolente, de continuos sobresaltos, de preparativos constantes como para una guerra, de sonido de armas, trompetas y tambores, vida de noches desapacibles con sueños in completos, de días de pereza y soñolencia—los aturde y los hace olvidar gradualmente las dulces afecciones que llevaron prendidas en el alma con místico cariño. Luego, en la tertulia soldadesca, el chiste obsceno y brutal, el comentario indecoroso de los más triviales sucesos de la vida, la invitación al juego, la perversión en fin, más refinada, de los puros y nobles sentimientos del espíritu, en esos días perezosos é inactivos y en esas noches de vela que pasan los soldados sentados en los bancos de las guardias, con el helado rifle entre las piernas, ó parados en los fortines sondeando con la mirada las tinieblas, para dar las voces de alarma convenidas al primer bulto que aparezca ó al primer ruido sospechoso que traigan los vientos de la noche.

Oscura condición de los soldados!

Cuando, después de tres meses de esta vida, vuelven á sus hogares llevando como única ganancia un caudal de malos hábitos, de necesidades que antes no habían sentido y casi siempre un lote de enfermedades adquiridas en su continuo rodar por los chinchorros, para qué otra cosa sino para la vagancia se hallan aptos?

Los brazos antes vigorosos, ahora atrofiados por la inercia; y los rostros bondadosos de antes, ya nunca más recobrarán su encantadora placidez. Ejércitos de vagos que el Estado recluta para soltarlos luego por todos los ámbitos del país.

Así como se ha operado esa invasión de que se duele la República con estas frases: "Hasta en los pueblos más pequeños que fueron antes asiento y reinado de la inocencia y del trabajo, se encuentran hoy vagos como si un viento arremolinado hubiese corrido por los centros más populosos de esta tierra y arrastrado en su tromba la fatal semilla para sembrarla en toda la extensión del país".

Si, el viento huracanado del servicio militar; si, la tromba arrolladora de la política que va arrancando de raíz aquella frondosa plantación de ciudadanos dignos y probos que con amor y con orgullo nuestros abuelos cultivaron!

¿Y cómo remediar un mal tan grande?

Puede el Gobierno acaso prescindir de los cuarteles que son su poder y su defensa?

Oiga usted, señor conservador, señor incrédulo. Si nuestros Gobiernos se dedicaran más á la tarea de *administrar* el país, según su leal saber y entender y menos á *hacer política*, claro está que no necesitarían esos ejércitos permanentes que no desempeñan más función que la de defender con la amenaza; porque lo que es en caso de conflicto, son poco menos que inútiles. Y allí está el 3 de mayo que no nos dejará mentir.

Pero aceptemos las cosas tales como son y no como las ve nuestro deseo y razonemos dentro del cómodo criterio de los Estadistas. Nada más sencillo á nuestro entender, que dejar á los labriegos en paz cultivar sus campos y llenar los cuarteles de soldados si así se cree menester; pero de soldados voluntarios que serían sin duda todos los que gustan de esa vida pasiva y perezosa de los cuarteles. Los que hoy llamamos *vagos* irían allí para librarse de la persecución periódica y de ese modo, las labranzas no serían inquietadas, la vagancia no cundiría más en los campos y nuestras calles se limpiarían de esos parásitos que las afean.

Que nuestro razonamiento no es juicioso? Pues que se ponga en pie quien tal sostenga, y ya tendremos el gusto de oír sus opiniones y modificar nuestro parecer, si así es del caso.

Don Rafael Altamira

ILUSTRE PEDAGOGO ESPAÑOL

No es un secreto para cualquier lector inteligente, que los libros escritos

por don Rafael Altamira, llevan el sello envidiable de una cultura profunda, extensa, y de un estilo noble, elevado.

Mas no sé, si en el juicio público de este país, figura el señor Altamira en la categoría y supremacía que la crítica eminente de Europa le ha discernido. Y esto es lo que intento probar.

Don Rafael Altamira Crevea, es un joven que honra á España. Profesor de Filosofía del Derecho en la famosa Universidad de Oviedo; Director de la admirable "Revista crítica de Historia y Literatura Hispano-Americana"; colaborador notable de las más célebres revistas del mundo, á las que escribe en el idioma propio de cada país; propagandista tenaz en favor del desarrollo moral é intelectual de los obreros; concienzudo historiador, y literato sobresaliente, el señor Altamira, conserva un lugar entre los primeros, allí donde haya de rendirse culto á las manifestaciones de la ciencia y de las letras.

Hay todavía una característica digna de especial relieve en su vida: es la de Pedagogo honrado, consciente, renovador, capaz de orientar la educación al límite humano compatible con las condiciones de la raza.

Sus más profundas investigaciones; la riqueza de datos y observaciones que el juicio de la historia y de los hechos han llevado á su mente; la crítica serena, amplia, que ha formulado acerca de la Metodología de la historia; y el caudal de innovadoras enseñanzas que ha presentado al mundo científico, le han creado esa divina aureola de sabio, más grande y sublime que la que rodea á los conquistadores en la hora del triunfo.

Pasma la labor intelectual llevada á cabo, por el señor Altamira. Joven, en la plenitud de su vigor, no dedica las energías propias de su indomable espíritu, al goce egoísta y á la contemplación indiferente de lo que le rodea.

Son innumerables las obras que lleva publicadas: *De Historia y Arte; La Enseñanza de la Historia; Psicología del Pueblo Español; Historia de la Civilización Española; Cuentos Levantinos; Reposo; Cuestiones Modernas de Historia*, etc., etc., sin contar las largas y eruditas monografías insertas en su citada Revista Crítica.

Yo no creo que haya en España, excepción hecha de ese prodigio raro de sabiduría, llamado Marcelino Menéndez Pelayo, talento más cultivado, investigador más hábil y minucioso, crítico más autorizado y eminente en cuestiones de Historia, como el señor Altamira.

Y en materia de enseñanza, de educación, no hay pedagogo ilustre que no mantenga cordiales y frecuentes relaciones epistolares con el señor Altamira.

Su criterio es admirado y seguido en muchos puntos, por notables publicistas dedicados al estudio y la aplicación de la Pedagogía.

A su impulso se debe el crecimiento asombroso de la *Extensión Universitaria de Oviedo*, en cuya industrial población, ha dado brillantes conferencias sobre las letras, la música, proble-

ma social, criminología, socialismo.

Es una inteligencia privilegiada; un espíritu cultísimo, rico en bondad como en ciencia, docto en toda materia; profundísimo en aquellas ramas del humano saber, que ofrecen conexión más directa con los métodos de enseñanza, á cuyo problema ha consagrado la mayor parte de su preciosa vida. Y es ésta, de una sencillez bíblica. El *hombre*, no ofrece la complejidad que en muchos temperamentos delicados se descubre. Es todo un mecanismo equilibrado. No hay en él, neurotismos, biliosidades.... Atrae el imán de su elocuente palabra, tanto como la presencia de su arrogante figura.

Don Rafael Altamira, es el hombre buscado por muchos países. Su historia personal, su talento, lo hacen digno de ser solicitado como un Monarca para el trono vacío.

F. LLORET BELLIDO.

Pleitomanía

La necesidad de defender lo suyo ó el afán de enriquecerse con perjuicio del prójimo, hace que los que no conocen el embrollo legal acudan á los abogados, con título ó sin él, y como éstos viven de su oficio, los lanzan á la contienda judicial, á la guerra autorizada y reglamentada por las leyes, en la que el triunfo depende menos de la justicia de la causa que de las circunstancias de momento.

Cuántos temores sienten al principio los litigantes humildes, pobres campesinos por lo común! Tiemblan al comparecer ante los jueces; corren de las oficinas de los abogados á las de justicia y de éstas á aquéllas; hablan á todo el mundo de su negocio; no trabajan, ni comen, ni duermen, porque la intranquilidad no los deja.

Mas, transcurre el tiempo y lo que según el abogado era obra de pocos días, va alargándose, alargándose por semanas, meses, años, como una enfermedad incurable de curso lento, hasta que los infelices litigantes, después de crueles congojas y gastos sin cuento, acaban por acostumbrarse á la vida de campaña y aun hallan goces en ella. Tal es la naturaleza humana!

Si, conviértense en goces los viajes incessantes del campo á la ciudad, de la pobre vivienda á las oficinas; viajes casi siempre inútiles; las onerosas visitas á los abogados, tras largas horas de espera, muchas veces infructuosas; las demoras en las diligencias judiciales, por la pereza ó la ausencia de los funcionarios, muy dispuestos á aplazarlas ó suspenderlas con cualquier pretexto, por baladí que sea; y talvez las insolencias mismas de ciertos empleados que no tienen sonrisas sino para los poderosos.

Los ignorantes que pleitean gozan hasta con oír discursos insustanciales y soporíferos, en que sus nombres insignificantes se mezclan con las frases huecas que les cuestan tan caro.

En las entradas de los tribunales reúnen los litigantes venidos de lejos, á charlar amigablemente de sus